

Devoción y Compromiso

Esencial en todo verdadero discípulo de Jesucristo

Dedicado a la nueva generación de cristianos en Europa

Muchos de nosotros hemos tenido el privilegio de haber nacido y haber sido formados en hogares cristianos. Asistimos a las reuniones de la iglesia, leemos las Sagradas Escrituras y cantamos los himnos. Sentimos que estamos en el lugar correcto y haciendo las cosas como se deben de hacer, pero... notamos que algo falta. De vez en cuando, en momentos de introspección, nos preocupa la falta de emoción que acompaña nuestra expresión de vida cristiana. Lo que sentimos es muy diferente al entusiasmo y la satisfacción que nos invade cuando progresamos en la vida académica o tenemos éxito en nuestra vida profesional. Es tan diferente de esa emoción fresca y expectante que sentimos al reservar nuestras próximas vacaciones o al llegar a casa con un nuevo aparato electrónico. ¿Esta insipidez y monotonía es normal? ¿Es nuestra versión de cristianismo genuina? ¿Estamos en lo correcto al llamarnos “discípulos de Jesucristo”?

¿Qué es un discípulo de Jesús?

Ser un discípulo es ser alguien que está aprendiendo, alguien quien sigue su maestro y se somete a sus enseñanzas. En el Nuevo Testamento encontramos la palabra “discípulo” unas 270 veces. Esta palabra no es idéntica a términos como “salvado”, “santo” o “nacido de nuevo”. En un sentido general, la palabra discípulo se utiliza para referirse a aquellas personas que caminaban con Jesús o que simplemente lo admiraban (Juan 6:66; 19:38). Algunas veces este término es usado para referirse a los 12 apóstoles (Lucas 22:11). También es usado para identificar a aquellas personas que verdaderamente estaban comprometidas con Cristo. Tanto hombres como mujeres se hallaban entre sus discípulos (Hechos 9:10, 36). Probablemente como expresión de desprecio, los discípulos fueron llamados por primera vez “Cristianos” por los años 44 DC (Hechos 11:26) – un término usado únicamente 3 veces en el Nuevo Testamento. Fue sólo desde el segundo siglo en adelante que el nombre “Cristiano” fue aceptado por los creyentes como un título de

honor. En sus escritos, el apóstol Pablo nunca usó las palabras “discípulo” o “Cristiano”.

El doctor Lucas narra la historia donde Jesús explica lo que espera de sus discípulos (Lucas 14:25-35). Ese día, mucha gente dejó a un lado sus trabajos y ocupaciones para escuchar y aprender las enseñanzas del Señor Jesús. ¿Eran estas personas realmente discípulos de Jesús? ¿Con qué nivel de compromiso seguían a Jesús? Jesús se dirigió a esta multitud de seguidores ocasionales y los asusta – los confronta con tres condiciones básicas.

1. Jesús – mi amor supremo

“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (v.26). Las Sagradas Escrituras promueven los valores familiares. Indudablemente este no es un llamado a despreciar a nuestra familia. El término “aborrecer” es usado en una manera relativa (Mateo 10:37). Entre las diferentes personas que conocemos, naturalmente amamos a unos más que a otros. Y lo que Jesús está diciendo es que si no le amamos de una manera más fuerte y más profunda que a cualquier otra persona, no podemos ser su discípulo. El Señor Jesucristo pide este lugar supremo en nuestro corazón. ¿Qué lugar ocupa Jesús en su corazón?

2. Jesús – mi máxima prioridad

“Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo” (v.27). En aquellos días, bajo el dominio de Imperio Romano, el que cargaba su cruz tenía pocas horas de vida. ¿Qué pensamientos tendría un hombre mientras llevaba su cruz? Experimentaría un profundo cambio en sus prioridades. El pleito sobre esa herencia ya sería insignificante. Sus diplomas, cuentas bancarias, y el estatus social perderían su valor. Su cosecha que anticipaba con alegría, sus proyectos de negocios y su plan de pensión ya no importarían para nada. Cargar su cruz es vivir el presente a la luz de la muerte y la eternidad. Cargar nuestra cruz de buena gana es rendir esos derechos que creemos tener. La cruz transforma nuestros valores y nuestras prioridades. No es que sea incorrecto hacer planes, soñar o aspirar. Lo que Jesús está diciendo es que a menos que Él sea la máxima prioridad en nuestra vida, más importante que nuestros sueños y aspiraciones, no podemos ser su discípulo. ¿Qué objetivo o qué sueño está moviendo su vida?

3. Jesús - mi especial tesoro

“Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (v.33). ¿Será malo tener posesiones materiales? ¡No! El asunto de importancia es nuestra actitud hacia las cosas que tenemos. Como cristianos, somos administradores temporales de las bendiciones de Dios, nunca seremos dueños absolutos. Hemos nacido desnudos, y sin duda nada llevaremos al partir. Pero es asombroso cuán fuertemente nos aferramos a las cosas materiales durante estas pocas décadas de vida. Para algunos es un carro, una casa o un portafolio de acciones. Para otros podrá ser un computador portátil, algún tipo de ropa o su colección de música. ¿Qué posee usted que le genera gran satisfacción? El

significado del versículo es claro: a menos que valoremos más al Señor Jesucristo que a cualquier cosa que tengamos, no podemos ser su discípulo.

Ser sal

Sabemos que nuestra salvación es un regalo de Dios. No podemos adquirirla por esfuerzos propios. Con humildad y agradecimiento la recibimos gratuitamente. Aquí el Señor Jesús no establece condiciones para recibir la salvación. Lo que Jesús establece aquí, con fuerza y claridad, es la actitud que necesitamos para vivir la vida cristiana normal. La expresión “no puede ser mi discípulo”, reafirmada por el Señor tres veces, enfatiza fuertemente el estándar. El Cristianismo moderno permite mucha más flexibilidad. Muchos parecen estar satisfechos porque siguen las tradiciones de su congregación, son bautizados, o porque participan en lo que ellos consideran reuniones doctrinalmente sanas. ¿Marcamos una diferencia entre nuestro estilo de vida y la de los materialistas, humanistas y amante de placeres que nos rodean? Por supuesto que no hay nada de malo con tener riquezas, ayudar a nuestro prójimo o en divertirse sanamente. Pero el estándar al cual Jesús está llamando genera una perspectiva totalmente diferente de la vida. El llamado no es a parecerse a la sal, es ser sal. Tener sabor a sal, tener las propiedades de la sal, influenciar, sanar, transformar (v.34). Este compromiso con el Señor Jesús se expresa en los detalles de la manera en que vivimos. ¿Y qué si fallamos? ¡Tristemente a veces fallamos! Al fallar, nunca olvidemos la gracia de Dios. Cómo cristianos nacidos de nuevo somos ahora hijos de Dios. Somos aceptados y profundamente amados por el Señor incondicionalmente. Nuestros éxitos y nuestras fallas no hacen que Él nos ame más o nos ame menos. Su amor por nosotros es constante, y la salvación segura. ¿Por qué, entonces, exige el Señor un nivel tan alto de consagración?

Construyendo una torre, peleando una guerra

Al explicar las tres condiciones para ser un verdadero discípulo, Jesús dibujó dos cuadros en la mente de sus oyentes. Primero el de un constructor que desea construir una torre (vs.28-30). Luego el de un rey que quiere hacer guerra contra otro rey (vs.31-32). El constructor y el rey consideran su objetivo y determinan lo que necesitan para terminar con éxito.

Usted y yo podemos entender estas dos ilustraciones como una invitación a reflexionar sobre el precio a pagar para ser un discípulo genuino de Jesucristo. La Salvación es un regalo gratuito de Dios, pero para recibirla se requiere el quebrantamiento del orgullo y de nuestra terca voluntad. ¿Estamos dispuestos a pagar este precio? ¿Estamos buscando una versión más fácil de Cristianismo? También podemos entender estas dos ilustraciones de otra manera: Sabemos que hoy el Señor Jesús tiene un gran objetivo, la de edificar su Iglesia. Usted y yo somos piedras vivas. Estas tres condiciones para el verdadero discípulo, reflejan la calidad de piedra que Jesús requiere para construir bien. Sabemos que hoy estamos involucrados en una guerra espiritual. Estas tres condiciones para el verdadero discípulo reflejan el grado de consagración que Jesús demanda de sus soldados. Si Jesús no es mi amor supremo, vendrá una situación crítica en la que le negaré para agradar a otro. Si Jesús no es mi máxima prioridad, vendrá una situación crítica en la que le desobedeceré para perseguir mis propios sueños. Si Jesús no es mi

especial tesoro, vendrá una situación crítica en la que descuidaré su causa para proteger mi inversión.

Tómelo o déjelo

Nuestro Señor Jesucristo hablaba la verdad en amor, sin rodeos. Sus enseñanzas a veces eran bastante radicales, provocaba y confrontaba a sus oidores. Notamos que Jesús no rechazó la invitación a comer con pecadores ni cambió el día de realizar un milagro para evitar ofender a los religiosos. El Señor Jesús hablaba abiertamente acerca de las enemistades, el adulterio, el divorcio y la hipocresía religiosa. Él no diluía sus palabras para satisfacer la audiencia o para incrementar el número de seguidores. En el evangelio de Juan capítulo 6 encontramos a Jesús motivando a la multitud que le escuchaba a rechazar la superficialidad espiritual y progresar hacia una relación más profunda con Dios - una verdadera consagración. Al escucharle, muchos exclamaron “Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?” (v.60). ¿Y usted cómo se siente ante el alto nivel compromiso requerido por Jesús?

Muchos se sintieron atraídos por la hermosa personalidad de Jesús. Muchos siguieron a Jesús en busca beneficios materiales o porque necesitaban de un milagro. Pero cuando Jesús hizo el llamado a un compromiso más intenso, muchos “volvieron atrás, y ya no andaban con él” (v.66). ¿Cómo se sienten los líderes cuando sus seguidores comienzan a desertar? ¿Tiene Jesús en oferta una versión de cristianismo menos costosa o que requiera menos? ¿Será que Jesús está dispuesto a negociar un trato especial con sus amigos más cercanos para no perderlos? Mientras miraba las espaldas de aquellos le abandonaban, Jesús se dirige a los doce discípulos que aún permanecían y les pregunta: “¿Queréis acaso iros también vosotros?” (v.67). Ellos también tenían plena libertad de volver sus espaldas a Jesús y alejarse con los demás. Aunque estos eran sus amigos más cercanos, Jesús no rebajó el estándar para que se quedasen con Él. No nos equivoquemos hermanos, ese alto nivel de devoción y compromiso sigue siendo el estándar esperado de todo verdadero discípulo de Jesús. ¿Qué vamos a hacer?

¿Cuál es la alternativa?

Dentro de cada uno de nosotros existe un motor. Hay algo que nos impulsa, que nos mueve, algo que hace que nos levantemos por la mañana, algo que nos estimula a estudiar y trabajar duro. Ese algo inspira creatividad y nos dispone a esforzarnos y a sacrificarnos. El motor puede ser un deseo de luchar por nuestra comodidad, seguridad, reconocimiento o el éxito. El motor puede ser la necesidad de huir del peligro, el temor de llegar a ser un “don nadie”, la vergüenza de una vida vacía sin actividades. ¿Cuál es la fuerza que conduce su vida? ¿Qué lo está moviendo?

El apóstol Pedro consideró las opciones que tenía disponibles. ¿Será que Jesús pedía demasiado? ¿Sería este un buen momento para despedirse de Jesús y unirse a la multitud que se alejaba? Pedro miró a Jesús y respondió: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (v.68-69). ¿Qué cosa o qué persona es digna de ese primer lugar en nuestros corazones hoy? El Señor Jesús no está llamando a los cristianos a que se aislen de la vida social normal y se internen en

monasterios. Su llamado es a un cambio radical interno. Al vivir como discípulo de Jesucristo, usted no se verá a sí mismo cómo a una madre, un ingeniero, o una enfermera que por “casualidad” también es cristiana o cristiano. ¡No! El discípulo se percibe a sí mismo primeramente como un cristiano o una cristiana, y luego como una madre, un ingeniero, o una enfermera. Esta devoción a Jesús no nos convierte en personas excéntricas ni desentendidas de los demás. Cuando Jesús es la pasión de nuestros corazones, la vida toma la perspectiva correcta. Somos mejores estudiantes, mejores trabajadores, mejores vecinos, mejores hijos, mejores padres, mejores cristianos. Únicamente la centralidad de Jesús en nuestras vidas nos permite vivir de una manera sana y equilibrada.

Conclusión

Jesucristo entregó su vida para redimir a un pueblo que fuera suyo. Jesús ofrece salvar gratuitamente a todo aquel que crea en Él, es decir, al que se humille, se arrepienta de su pecado y le entregue su vida. La salvación es un regalo, pero la vida cristiana es un reto. Si vamos a ser útiles a nuestro nuevo Dueño, si vamos a ser verdaderos discípulos del Señor Jesús, algo dentro de nosotros tiene que romper. Cuando Abraham demostró que era más consagrado a Dios que a su propio hijo Isaac, Dios le devolvió a Isaac. Pero durante el doloroso proceso, el Señor quebró algo dentro de Abraham. ¿Ha tenido usted la experiencia de quebrantarse delante de Dios? ¿Aún discute con Dios reclamando algún derecho personal? Debemos tomar la decisión consciente de entregarle todos nuestros planes y sueños al Señor – debemos tomar nuestra cruz, y poner a Jesús en el centro de nuestros corazones. ¿Cómo pudo el apóstol Pablo continuar gozoso viviendo circunstancias tan adversas? El estaba apasionadamente consagrado a una persona: “Porque para mi el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21). Sin duda alguna, el Señor Jesús sigue siendo merecedor de nuestra plena devoción.

Felipe Nunn
Armenia, Colombia
Febrero 2006

Traducido por:
Jairo Bejarano

Fuente: www.philipnunn.com